

es posible adorar hoy lo que se acogió ayer con risas y desprecios?

## CAPÍTULO XIII

### Décima dificultad

#### LOS PROGRESOS DEL CRISTIANISMO

##### I

Hasta los mismos progresos del Cristianismo fueron un obstáculo para su propagación y una perpetua amenaza á su existencia. Entre los que oían á los Apóstoles, unos, dóciles á la gracia, abrazaban la verdad; otros se obstinaban en el error.

##### II

Los hijos se hacían cristianos y los padres permanecían paganos. Los esclavos bautizados rehusaban servir de juguete para los abominables capri-

chos de sus señores; los compradores de ídolos, de víctimas y de perfumes, no iban ya á casa de los mercaderes, cuya fortuna hacían.

##### III

Se dividían las familias; se desconocían los lazos de la sangre. El hermano denunciaba á su hermano; el padre á su hijo; el esposo á su esposa; el dueño á su esclavo; el amigo á su amigo. Las relaciones sociales se alteraban ó se rompían. Poco á poco en las ciudades y en las aldeas se formaron dos campos armados el uno contra el otro. Estas intestinas divisiones dejaban sentir sus efectos. Llevadas ante los tribunales, apasionaban al público en contrarios sentidos, y provocaban explosiones de odio y maldiciones contra los nuevos predicadores y contra sus doctrinas.

---

## CAPÍTULO XIV

### Undécima dificultad

#### LAS PERSECUCIONES

##### I

Como las olas del mar se elevan en un día de tempestad hasta la cima de las rocas que bordan la ribera; así esta multitud de calumnias, de acusaciones, de querellas, de divisiones intestinas subió hasta el trono imperial, en el que estaban sentados los Neronés, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos.

##### II

Para ellos todo esto eran hechos inconcusos é indubitables. El Cristianismo es un elemento de discordia, una secta malvada; los cristianos son perturbadores que comprometen la tranquilidad pública y la prosperidad del

imperio; impíos que provocan la cólera de los dioses, cuyo culto es la garantía de la eterna dominación de Roma. Si los bárbaros amenazan las fronteras, si las legiones imperiales sufren una derrota, si se desborda el Tíber, si el cielo rehusa la lluvia, si tiembla la tierra; si se hace sentir la carestía, si hay peste, los cristianos son responsables de todo ello.

##### III

Entonces se decretaron esas persecuciones famosas, esos degüellos en masa que todo el mundo conoce, y que debieron ahogar mil veces la nueva religión en la sangre de sus discípulos. En una época en que era objeto de diversión la vida de los hombres, en que los más atroces tormentos eran los que más ansiaban los espectadores, ni el rango, ni la edad, ni el sexo eran perdonados. Los suplicios ordinarios parecen sobrado benignos para aquellos á quienes se considera como enemigos

de los dioses y del estado. Se inventan y se renuevan tormentos que hacen estremecer.

#### IV

Los cristianos son azotados con varas, puestos en el tormento, desollados con garfios de bronce, hechos trizas con hierros, consumidos por fuego, clavados en la cruz. Es objeto de diversión verlos hacer pedazos por perros, y devorar por leones. Les cubren con planchas inflamadas, les sientan en sillas ardientes, les sumergen en aceite hirviendo, les queman á fuego lento. Les trituran bajo ruedas de molino, les dividen en pequeños pedazos, les entierran vivos. En sus cuerpos cubiertos de heridas, desgarran únicamente llagas. Se prolongan con crueldad los momentos que les quedan de vida, eligiendo entre los suplicios, los que les hacen morir más lentamente; y se les cura con un cuidado bárbaro, para ponerles en estado de sufrir de nuevo.

#### V

Para ellos está extinguida la compasión del corazón humano. Se aplauden sus suplicios con gritos de alegría. La misma muerte no les pone á cubierto de sus perseguidores, que se enfurecen contra sus tristes restos. Les reducen á cenizas, y las arrojan á los ríos ó las esparcen por el viento, para que desaparezcan completamente. Roma se embriaga con su sangre, la hace correr á ríos, y su odio no se siente nunca satisfecho.

#### VI

Una vez encendida la persecución en la capital, se comunica como un vasto incendio, por todas partes, extendiéndose hasta los confines del imperio, que abarcaban casi todo el mundo. No es una persecución de algunos días; hay que contar por siglos el tiempo de los sufrimientos de la nueva religión. No se la puede seguir durante trescientos

tos años, sino por las huellas de la sangre que la hacen derramar, y á la luz de las hogueras encendidas contra ella.

### VII

A la persecución de la sangre hay que juntar la de las caricias; se procura seducir á los que no se puede vencer. Riquezas, honores, placeres, dignidades, el favor de los príncipes, todo se promete para ganar aquellos hombres, sordos al dolor, contra los cuales se embotan los tormentos, y para quienes no tiene la muerte aguijón. Todo se pone por obra para anonadar el nombre cristiano.

### VIII

Poneos ante la vista todas las dificultades que acabamos de enumerar; y después, dejando libre el vuelo á vuestra imaginación, decid si conocéis tentativa más gigantesca y empresa más imposible que el establecimiento del Cristianismo.

## CAPÍTULO XV

### DEBILIDAD DE LOS MEDIOS

#### I

La revolución que se trata de obrar es, sin disputa, la más difícil que puede concebirse. Sin embargo, pueden ser tan poderosos los medios, y tan bien proporcionados al fin, que insensiblemente se logre la empresa, al parecer más imposible. Es de esperar, y el buen sentido así lo exige, ver aparecer seres tan extraordinarios como la misión que les está confiada.

#### II

Pero como la humanidad no les tiene á semejante nivel ¿será, sin duda, la naturaleza angélica la que suministrará los héroes de esta asombrosa conquista?

Nó.

¿Quién pues?

La humanidad.

Al menos ¿se elegirán entre los hombres, los más distinguidos por la superioridad del talento, por la nobleza del origen, por el brillo de la dignidad, por la grandeza de la fortuna, por la extensión del poder los Césares, señores del mundo?

Nó.

Al menos ¿serán griegos famosos por su sabiduría y elocuencia; ó romanos cuyo solo nombre hace temblar á los reyes sobre sus tronos?

Nó.

¿Pues quiénes?

Bárbaros.

Pero al menos ¿serán los más ilustres bárbaros; egipcios, padres de las ciencias; galos ó partos, temibles á la misma Roma?

Nó; un poco menos.

### III

¿Quiénes, pues?

Judíos, pueblo despreciado por todos los pueblos.

¿Pero serán los jefes de la nación, los Sumos Sacerdotes, los ricos, los sabios?

Nó.

¿Quiénes, pues?

Hombres del bajo pueblo, pescadores de profesión.

### IV

Pero bajo una grosera cubierta, ocultarán sin duda alguna los más hermosos dones del genio, ¿serán muy elocuentes?

Apenas saben hablar su propia lengua.

¿Serán muy sabios?

No saben más que su humilde oficio.

¿Serán muy ricos?

No tienen otra fortuna que su barca y sus redes.

¿Serán muy virtuosos?

El uno es reo de un perjurio, otros culpables de envidia y de ambición. Todos pasan por hombres infames y de mala vida.

¿Serán héroes por el valor?

El más valiente de entre ellos se estremece como una hoja á la voz de una criada.

A lo menos, podrá suplir su número al valor, ¿serán millares?

Son doce, ni más ni menos.

## V

Sí, doce pescadores, doce judíos, es decir, los últimos hombres de la última de las naciones; ó según la exacta expresión de uno de ellos, *la basura del mundo*: tales son, según el testimonio unánime de judíos y paganos, de incrédulos y creyentes, los héroes de la más colosal empresa que haya existido jamás.

## VI

Estos son los que deben presentarse en las más civilizadas Cortes, hablar ante las academias más ilustres, ser los doctores de los reyes y de los pueblos, convencer de locura á los sabios, de ignorancia á los filósofos, al mundo entero de error y de maldad.

Apelad á todos los recursos de vuestro ingenio, é intentad encontrar una empresa que ofrezca una desproporción tan grande entre los medios y el fin que se intenta conseguir.

¡Doce pobres pescadores para *convertir el universo*:

¡Qué locura!

## CAPÍTULO XVI

### Grandeza del resultado

#### I

¿Cuál será el resultado de esta empresa? Esta pregunta está contestada por sí misma. ¿Qué resultado pueden prometerse estos hombres, que teniendo que vencer todas las oposiciones, no emplean para lograrlo sino obstáculos?

#### II

De una parte están dos religiones, dueñas del mundo, el judaísmo y el paganismo. La una verdadera, aunque transitoria, cuenta con la adhe-

sión enérgica de los que la profesan esparcidos por todas las regiones de la tierra.

La otra es falsa; pero es una religión fastuosa y agradable, que se cree establecida por los dioses, que se tiene por tan antigua como el mundo, á la que se mira como la base de la prosperidad pública.

De otra parte está una religión severa, sencilla, nueva, enemiga de las costumbres nacionales y del orden establecido.

De una parte los sabios, los filósofos, los hombres de talento, los magistrados, los emperadores, el ejército, el universo entero; de la otra, algunos ignorantes, sin defensa, sin apoyo, sin recursos. De una parte, la autoridad, la crueldad, el furor; de la otra, la debilidad, la paciencia, la muerte. De una parte los verdugos; de otra las víctimas.

### III

¿De quién será la victoria?

Del mundo, dice la razón.

De los doce pescadores, contesta la historia.

Sí: la historia profana, escrita por los mismos judíos y paganos, testigos oculares de los acontecimientos y enemigos mortales de los cristianos. Esta historia nos dice, que el resultado obtenido por los pescadores galileos, fué rápido, formal, efectivo y durable.

## CAPÍTULO XVII

### Resultado rápido

#### I

El día mismo en que estos extraños predicadores aparecen en público, tres mil judíos caen á sus pies y abrazan su doctrina. Al día siguiente, les imitan otros cinco mil. Con la rapidez del rayo que surca la nube, con la actividad del fuego que consume un cañaveral seco, el Cristianismo ganó la Samaria, la Siria, la Asia Menor; Smirna, Efeso, Corinto y Atenas le

abren sus puertas. La Arabia, la India, la Persia, la Armenia, la Etiopía, la Libia, el Egipto le dieron innumerables discípulos.

## II

Del Oriente pasa al Occidente, y en pocos años, Roma, corte de Nerón y ciudadela de la idolatría, se encuentra poblada de una multitud inmensa de cristianos, *multitudo ingens*. Las Galias, las Españas, la Gran Bretaña, la Germania los cuentan por millares.

## III

Así lo había anunciado Jesús de Nazareth: Mi doctrina, decía un día á sus discípulos, dará vuelta al mundo antes de la ruina de Jerusalén, es decir, en menos de treinta años (1).

Los acontecimientos se adelantan á la profecía. A los diez años, tiene el Crucificado adoradores en todas las partes del universo (2). Cuarenta años

(1) San Mateo, XXIV, 4.

(2) Carta de San Pablo á los Romanos.

más tarde, según el testimonio de los mismos perseguidores, el Cristianismo pulula en todas las provincias del imperio (1).

## IV

Bien pronto un apologista del Cristianismo, Tertuliano, dirá, sin temor de ser desmentido, ante los magistrados romanos: «Somos de ayer, y todo lo llenamos, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras aldeas, vuestras asambleas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio del emperador, el Senado, el Foro: solamente os dejamos los templos...»

«Podríamos sin revelarnos abiertamente, haceros experimentar una ignominiosa derrota; bastaría para ello que nos separásemos de vosotros. Si esta inmensa multitud llegara á abandonaros, para establecerse en cualquiera región lejana, la pérdida de

(1) Véanse los edictos de persecución y la carta de Plinio á Trajano.



tantos ciudadanos de todas las condiciones desacreditaría vuestro gobierno, y os habría suficientemente castigado. Espantados de vuestra soledad, de la paralización de los negocios, y del estupor del mundo entero, heridos de muerte, tendríais que buscar á quien mandar, pues os quedarían más enemigos que ciudadanos (1).»

V

Así que, mientras Roma, siempre armada, tuvo necesidad de setecientos años de victorias para formar su imperio, el Cristianismo desarmado reina desde su origen sobre todas las naciones, y la cruz de Jesucristo es enarbolada en lugares en que jamás apareció el águila de los Césares. En menos de tres siglos desde su salida del Cenáculo, la nueva religión ha subyugado á la misma Roma; y tranquilamente sentada sobre el trono imperial, empuña el cetro del mundo.

(1) Apolog, c. XL.

## CAPÍTULO XVIII

### Resultado formal

I

Este apresuramiento por abrazar el Cristianismo no es una especulación que pueda enriquecer, ni un asunto de moda que halague la vanidad, ni un entusiasmo momentáneo, más propio de una ligereza que de la reflexión, ni una determinación indiferente que á nada obliga.

II

Hacerse cristiano es consentir en la confiscación de sus bienes y en la pobreza; condenarse á los insultos, á los desprecios, al odio de los hombres, al furor del pueblo, á la cólera de los Emperadores, al destierro, á la persecución; en una palabra, es firmar su sentencia de muerte. ¡Y qué muerte, gran Dios! Una muerte en medio de las más horrosas torturas, una muer-

te en medio de los aplausos de todos los espectadores.

### III

Pues bien, esta sentencia de muerte está firmada, no por algunos fanáticos que mueren por sostener una opinión, sino por testigos de vista que afirman hechos sensibles vistos con sus ojos y tocados con sus manos. Está firmada, no en un rincón del mundo, no durante algunos meses ó algunos años. Está firmada, y hasta solicitada con ardor y aceptada con acciones de gracias, por multitudes innumerables de hombres, de mujeres, de niños, de doncellas, de viejos, de senadores, de cónsules, de generales, de sabios, de filósofos, de ricos y de pobres: en todas las regiones que alumbraba el sol: ¡y esto durante tres siglos!

### IV

En vano se multiplican los edictos de proscripción y caen sobre los cristianos como el granizo en un día de

tempestad; en vano legiones de pro-cónsules, llevando consigo armadas de verdugos y el formidable atavío de todos los géneros de suplicios, recorren las provincias para causar espanto; en vano se levantan cadalsos en todas partes; en vano se encienden hogueras en todos los puntos del imperio; en vano las bestias feroces que pueblan los bosques de la Germania, ó que se ocultan en los desiertos de Africa, son traídas á millares á los anfiteatros y á los circos para devorar cristianos; el fuego de la persecución sólo sirve para aumentar el ardor del martirio.

### V

Desde lo alto de su trono mandan los señores del mundo adorar sus dioses, y se les desprecia. Desde lo alto de su Cruz, manda Jesús venir á él, y á él se corre desde los calabozos y las hogueras. Todo el Olimpo se estremece sobre sus altares. Los magistrados palidecen en medio de sus haces. Se cansan los verdugos; el hacha embo-

tada se les escapa de las manos, y hechos también cristianos, mezclan su sangre con la de sus víctimas.

Si leéis las actas de este gigantesco combate, encontraréis, según los cálculos más concienzudos, *once millones* de mártires durante los tres primeros siglos. De este número, Roma sólo cuenta más de dos millones.

## CAPÍTULO XIX

### Resultado efectivo

#### I

El Cristianismo no obra solamente sobre la superficie, penetra en las profundidades de la humanidad. Bajo su acción, los corazones más débiles se fortifican, los vicios más arraigados hacen lugar á sólidas virtudes. La humildad vence al orgullo; la dulzura y el perdón de las injurias á la ira y á la crueldad: y donde Augusto no podía hallar siete Vestales, hace germinar un pueblo de vírgenes.

#### II

Las ideas experimentan un cambio análogo. A los groseros errores, á las incertidumbres eternas sobre Dios y sobre la Providencia; sobre el hombre, su naturaleza y sus destinos, sobre el mundo, su origen y el fin de su existencia, suceden conocimientos tan precisos y completos, que son hoy todavía causa de la superioridad de las naciones cristianas sobre el mundo pagano. Prolongando su saludable influencia, la nueva religión modifica todas las leyes del género humano en el orden religioso, en el civil y en el doméstico.

#### III

En el orden religioso. Las innumerables divinidades que bebían la sangre de los hombres y se honraban con sus crímenes, son derribadas de sus altares del uno al otro polo, la unidad de Dios brilla sobre el mundo, como el sol naciente sobre la naturaleza. Con su pura y viva luz, este dogma alum-

bra, embellece y vivifica la humanidad.

#### IV

En el orden político. Gracias á la doctrina de Jesús de Nazareth, los pueblos cesan de ver otros tantos enemigos en los extranjeros. La máxima salvaje: maldición á los vencidos, *vae victis*, es borrada de las enseñas militares y olvidada por los vencedores. La ley de la caridad, que hace todos los hombres miembros de una misma familia, sucede á la ley del odio, antigua base de las sociedades paganas.

#### V

En el orden civil. La esclavitud fué abolida de derecho por la promulgación del Cristianismo, y de hecho tan pronto como lo permitieron las circunstancias. Entre tanto, el esclavo dejó de ser considerado como una cosa, de la que era lícito usar y abusar; como un sér de naturaleza inferior al que se puede ultrajar sin piedad; al que se

crucifica por haber dejado escapar un pájaro de la jaula, y se le entrega á las murenas por haber roto un plato.

Ninguno hay, ni aun el pobre, hasta objeto entonces del odio y desprecio universal, que no llegue á ser un sér querido, un sér sagrado, para el cual se levantan palacios, y á quien da el rico su oro para alimentarle, sus hijos para protegerle, sus hijas para cuidarle y á sí mismo, en fin, para servirle.

#### VI

En el orden doméstico. Restablecido á su dignidad primitiva, ¿qué digo? á una dignidad más alta, el matrimonio es santificado en el acto que le constituye, como en todos los deberes que impone. Los dos cánceres de las sociedades paganas, la poligamia y el divorcio, autorizados por todas las legislaciones antiguas, constituyen un doble crimen. Reconstruida sobre la base de la unidad y de la indisolubilidad, la familia recobra su vigor y su nobleza. El padre cesa de ser un des-

pota, la mujer una esclava, el niño una víctima.

## CAPÍTULO XX

### Resultado durable

#### I

Al dirigir vuestra mirada sobre el mundo, ¿qué es lo que veis? Ruinas y más ruinas: ruinas materiales y ruinas morales. Por todas partes se manifiesta lo que es el hombre en la fragilidad de sus obras. Cayó Babilonia; cayó Nínive; cayó Memfis. Cartago, Tebas, Esparta no existen ya. De Atenas y Corinto solamente quedan ruinas. La misma Roma, reina suprema de las naciones, á la que habían prometido los dioses la eternidad; Roma, que se persuadía de haber anonadado hasta el nombre cristiano, duerme sepultada con sus dioses y Césares, bajo las mutiladas ruinas de sus palacios y de sus templos.

#### II

¿Qué son ya las instituciones de los más célebres pueblos, los sistemas de los más renombrados filósofos, los códigos de los más sabios legisladores? ¿Dónde están las inteligencias que se alimentan y las sociedades que viven de ellos? Desconocidos del vulgo, sin autoridad, sin aplicación, simple objeto de curiosidad para el erudito, figuran estas obras maestras del genio entre los conocimientos humanos, casi casi como las momias egipcias en un museo de antigüedades.

Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. Instituciones, sistemas, leyes, imperios se han hundido veinte veces al cabo de dieciocho siglos, para hacer lugar á otras instituciones, á otros sistemas, á otras leyes y á otros imperios que han sido á la vez derribados por creaciones no menos frágiles.